

teón de San Fernando, pues en concepto de toda la familia, hubiera sido una verdadera calamidad que el cuerpo se hubiera sepultado en Santa Paula, panteón desprestigiado y poco elegante.

La causa siguió sus trámites y Pío Blanco pasó á la cárcel de Belén.

Pío Blanco convertido en héroe de calabozo, acabó de perder en el encierro el aire de encogimiento y de debilidad, propio de su edad y se convirtió en un hombre avezado á las penalidades. Como se trataba de un pollo fino se ablandó el alcaide, y el separo de Pío era invadido frecuentemente por una bandada de pollos que formaban corro, improvisaban almuerzos y llevaban dulces, pasteles, puros y botellas de cognac al preso.

Este era visto por sus compañeritos con una especie de consideración res-

petuosa, que ellos mismos se prescribían; y ese sentimiento no era la consideración, ni mucho menos el interés que inspira la desgracia, sino que ¡cosa rara! había algo de envidia en los pollos; algunos de ellos cuando salían de visitar al preso casi deseaban encontrarse en igual posición y ser el objeto de las miradas, de las conversaciones y de los cuidados de los amigos.

Por supuesto que no había uno solo de aquellos pollos que no aplaudiera la conducta de Pío Blanco, porque los que la reprobaban, quiere decir, los amigos de Arturo, no visitaban al preso.

Pío Blanco llegó á convencerse de que había hecho una gracia.

Dos pollos, los más chicos, casi recién emplumados y condiscípulos de Pío Blanco, hablaban así:

¡Canario! dijo uno con voz de mo-

naguillo, ya Pío Blanco es todo un hombre, ha tenido un desafío.

—Se ha batido, interrumpió el otro pollo.

—Y ha matado á su adversario.

—Este duelo no acabó como yo he oído decir que acaban muchos: en la fonda.

—Ya se vé.

—Será cosa en lo de adelante de no hablar recio á Pío Blanco.

—Y tiene fama de valiente.

--¿Y qué le harán?

—¿Cómo qué? nada: ya sabes que estos negocios suelen ser largos, pero siempre se sale bien.

—He oído decir que mudarán de juez.

—Será mejor.

—Y los pollos entraban y salían á la prisión, y Pío Blanco era sin cesar el objeto de las atenciones y los cuidados de sus amigos.

Pedrito había sido de los primeros en visitar á Pío Blanco, pero al día siguiente, Pedrito, Pepé y Pío Prieto estaban presos también.

Concha, por lo tanto, no tenía á donde volver los ojos.

¡Pobre Concha!

Concha había entrado al mundo como una alimaña que se hubiese metido quebrando el vidrio de una ventana: había roto el cristal de su pureza.

Después de esta atrocidad la mujer tiene dos caminos: todas lo saben y todas los ven claro.

Concha lo sabía también, y tanto lo sabía que sumó.

—Pío Blanco nada tiene, pensó.

Esta frase la pronuncia la mujer, haciendo una suma en la que el corazón es un guarismo.

Quando la mujer piensa así, su operación aritmética siempre le dá un buen resultado.



Entra en escena un Gallo de pelea